

» dose de rodillas, elevó el Santo la voz para rogar al Hijo de Dios  
» que tuviese piedad de la Iglesia, que pusiese fin á la persecucion, y  
» que conservase la caridad entre los fieles.

» Terminada esta oracion fué cogido brutalmente por los guardias  
» y conducido al anfiteatro en el momento en que los juegos termina-  
» ban; era el 20 de diciembre, uno de aquellos dias solemnes que  
» la supersticion romana habia consagrado bajo el nombre de fiestas  
» *sigilarias*. »

Roma entera habia acudido al anfiteatro, y así que el prefecto hubo  
leído la carta que le entregaron los soldados de parte del Empera-  
dor, fué el Santo bajado á la arena. Al oír el venerable anciano los  
rugidos de los leones, exclamó: « Yo soy trigo de Dios, y es pre-  
» ciso que sea molido por los dientes de las fieras, para que me con-  
» vierta en el pan de Jesucristo; » y apenas hubo dicho estas pala-  
bras, cuando dos leones se arrojaron sobre él, devorándole en un  
instante, sin dejar otra cosa de su cuerpo que sus huesos mas gruesos  
y duros. Así quedaron cumplidos los votos que dirigiera á Dios.

La antigua Roma bebió con avidéz la sangre del Mártir, y aban-  
donando las gradas del anfiteatro, desapareció en sus lugares de di-  
solucion.

« Al ver tan triste espectáculo, continúan los compañeros de Igna-  
» cio, nuestras lágrimas caian en abundancia; pasamos toda la no-  
» che velando, llorando y rogando al Señor que nos consolase de  
» aquella muerte, dándonos una prueba cierta de la gloria que la  
» habia seguido. El Señor nos oyó, pues habiendo el sueño rendido  
» á algunos de nosotros, vieron á Ignacio rodeado de inefable gloria,  
» y hemos relatado fielmente cuanto sucedió en su martirio, hemos  
» indicado el lugar, el dia y las circunstancias, á fin de que podamos  
» reunirnos todos los años para cantar la victoria de Jesucristo, el cual  
» combatió y venció al demonio por medio de su ilustre y generoso  
» atleta.

» Recogimos con respeto los huesos del Santo, y conducidos en  
» triunfo á Antioquia fueron guardados como un inestimable tesoro;  
» de modo que todas las ciudades que se hallaron entre Roma y Antio-  
» quia recibieron dos veces la bendicion de Ignacio; pues á la ida acu-  
» dian á su paso, y á nuestro regreso se agrupaban al rededor de  
» sus preciosas reliquias como un enjambre de abejas al rededor de  
» una colmena<sup>1</sup>. » Mas tarde las reliquias de san Ignacio fueron trasla-  
dadas á Roma y colocadas en la venerable basilica de San Clemente,  
á algunos pasos del Coliseo, donde descansan todavia.

El brazo de Dios no tardó en herir al perseguidor del nombre cris-  
tiano. Trajano, decrépito antes de tiempo, mas por su infame liber-

<sup>1</sup> *Bibliot. select. Patr.* t. II.

tinaje que por sus fatigas, murió miserablemente en Selinunta á  
principios de agosto del año 117 de Jesucristo. Su historia fué escrita  
por muchos autores; mas, excepto algunos fragmentos sueltos y sin  
orden, nada ha quedado de ella, como si la Providencia hubiese que-  
rido sepultar en el olvido las acciones de Trajano, por los inmoderados  
deseos que este Emperador abrigaba de llenar con su nombre todo el  
mundo.

El Gentilismo, vencido en la persecucion de Trajano, no tardó en  
levantarse mas y mas furioso para trabar de nuevo la lucha: Adriano  
quiso imitar á su antecesor en su odio contra los Cristianos, así como  
le imitaba en sus depravadas costumbres. En verdad que es una grande  
gloria para la Religion el no haber tenido y el no tener aun por ene-  
migos sino á hombres degradados por las mas viles pasiones; enva-  
nezcámonos de ello, pues es la mas irresistible prueba de su verdad  
y de su santidad.

Á su crueldad natural<sup>1</sup> unia Adriano un espíritu supersticioso hasta  
el exceso: cuidaba de todos los sacrificios que se verificaban en Roma;  
ejerció por sí mismo el cargo de sumo pontífice, y fué sacrificador  
del templo de Eleusina. Habiendo pasado un invierno en Atenas y  
héchose iniciar en todos los misterios de la Grecia, permitió á los  
gentiles perseguir á los Cristianos, persecucion que, segun san Jeró-  
nimo, fué muy sangrienta<sup>2</sup>.

Entre las primeras y mas ilustres víctimas cuéntanse san Eustaquio,  
su esposa Teopista y sus hijos quemados vivos dentro un toro de  
bronce. Ocupa el segundo lugar santa Sinfrosa, cuyo martirio suce-  
dió de esta manera: En el año 124, dos años despues de su adveni-  
miento al Imperio, Adriano elevó cerca de Tibur, en el dia Tivoli,  
un magnífico palacio, cuya dedicacion quiso llevar á cabo con todas  
las ceremonias usadas por los gentiles en tales circunstancias; ofreció  
sacrificios y consultó á sus dioses acerca de la duracion de tan sober-  
bio edificio; mas en vez de la lisonjera contestacion que aguardaba,  
recibió la siguiente: « Príncipe, no nos es dable satisfacer vuestra  
» curiosidad, hasta tanto que hayais hecho cesar el insulto que nos  
» prodiga una viuda cristiana invocando su Dios en nuestra presencia:  
» llámase Sinfrosa y es madre de siete hijos; haced que nos ofrezca  
» incienso, y contestarémos á vuestras preguntas. »

Sinfrosa vivia en Tibur con sus siete hijos, y empleaba sus rentas,  
que eran muchas, en aliviar á los pobres, y sobre todo á los cris-  
tianos que sufrían por la fe: Adriano dió orden de apoderarse de la  
santa viuda y de sus hijos, y de conducirlos á su presencia; en un

<sup>1</sup> Véase Spartian. 2.

<sup>2</sup> *In Catalog.* Orosio, Mamachi, Baronio, el padre de la *Historia eclesiástica*, le  
colocan entre los diez grandes perseguidores de la Iglesia.

principio, ocultando su indignacion bajo una dulzura aparente, solo empleó palabras de cariño para excitarles á sacrificar á los dioses; mas Sinforosa, animada del espíritu de Dios, contestóle en su nombre y en el de sus hijos: « Príncipe, he tenido por marido y por cuñado » á dos oficiales de vuestros ejércitos<sup>1</sup>; ambos tuvieron el honor de » mandar vuestros soldados; eran tribunos; ambos dieron su vida por » Jesucristo, prefiriendo sufrir mil tormentos antes que quemar un » grano de incienso ante los ídolos que adorais; los dos murieron des- » pues de haber vencido á los demonios, mas ahora viven en el cielo, » coronados de honor y de gloria. »

El Emperador, con el rostro alterado, le dijo con tono severo: « Sa- » crifica al momento, ó te sacrifico á tí y á tus siete hijos á nuestros » poderosos dioses.

SINFOROSA. » ¡Oh Dios mio! ¿seré tan feliz que sea inmolada ocho » veces?

ADRIANO. » Lo repito, te sacrificaré á nuestros dioses.

SINFOROSA. » Vuestros dioses no pueden recibirme en sacrificio; » no soy una víctima para ellos; y si mandais que sea quemada en » nombre de Jesucristo, mi muerte aumentará los tormentos que » vuestros demonios sufren en las llamas.

ADRIANO. » Elige: ó sacrificio, ó muerte.

SINFOROSA. » Sin duda pretendéis asustarme; no, vuestras ame- » nazas no lograrán vencerme; deseo reunirme con mi esposo á » quien hicisteis morir por el nombre de Jesucristo ¿Qué esperais? » héme aquí pronta á morir, pues adoro al mismo Dios. »

El tirano mandó que se condujese á Sinforosa al templo de Hércules, que le magullasen el rostro á puñetazos y que la suspendiesen por los cabellos; y como permaneciese firme en medio de sus tormentos, la hizo arrojar al río<sup>2</sup>, con una gruesa piedra atada al cuello. Preciso era que aquel Tibur y aquel Teverone, testigos de tanto y tan desenfrenado libertinaje, fuesen purificados con el suplicio y la sangre de nuestros Mártires. Eugenio, padre de Sinforosa, uno de los principales del Consejo de Tibur, recogió su cuerpo y lo enterró en el camino, cerca de la ciudad.

Al dia siguiente mandó Adriano que compareciesen á su presencia los siete hijos de Sinforosa, empleando el nuevo Antíoco toda clase de exhortaciones, de promesas y de amenazas para decidirles á sacrificar á los dioses; hasta que viendo que todo era inútil, dispuso que al rededor del templo de Hércules se plantasen siete estacas, á las cuales fueron sujetados con poleas. El cruel Emperador tomó placer en variar sus tormentos: á Crescencio, el mayor, le atravesaron la

<sup>1</sup> Getulio y Amacio.

<sup>2</sup> El Teverone.

garganta con una espada; el segundo, llamado Julian, recibió una puñalada en el pecho; á Nemesio le atravesaron el corazón con una lanza; Primitivo fué herido en el estómago; á Justino le rompieron los riñones; á Stacteo le abrieron los costados, y Eugenio, el mas jóven de todos, fué abierto de arriba abajo.

Un dia despues de la muerte de los bienaventurados hermanos Adriano fué al templo de Hércules, hizo abrir un profundo hoyo, y mandó que fuesen arrojados á él los cuerpos de los Mártires. Su sangre apagó el fuego de la persecucion, el cual no se encendió de nuevo hasta pasados diez y ocho meses, cuyo tiempo de paz emplearon los Cristianos en tributar á las reliquias de los Mártires el honor que les es debido: eleváronseles sepulcros en diferentes partes del mundo; sus nombres fueron grabados en los monumentos; mas lo están en el libro de vida con caractéres de luz, que el tiempo no podrá apagar jamás<sup>1</sup>.

Tal era la vida de nuestros antepasados en aquellos dias tan tristes y hermosos á la vez: luchar, sepultar sus muertos, y orar juntos al rededor de sus sepulcros preparándose para nuevos combates. Despues de una tregua de diez y ocho meses encendióse de nuevo la guerra, que no terminó hasta poco antes de la muerte de Adriano; en esta nueva persecucion murieron san Hermes, prefecto de Roma, y el papa san Alejandro.

Llegado era el tiempo en que la verdad, defendida hasta entonces con la sangre y las animosas palabras de los Mártires, debia ser públicamente vengada, y para ello Dios le dió elocuentes apologistas. Quadrato y Aristides fueron los primeros que llevaron hasta el pié del trono la justificacion de los Cristianos; el primero, obispo de Atenas, presentó por sí mismo su apologia al emperador Adriano; este precioso monumento se ha perdido. El segundo era igualmente ateniense, en cuya ciudad ejercia la profesion de filósofo; convertido al Cristianismo, quiso extender sus conquistas, escribiendo sobre su doctrina, y presentó su apologia al mismo Emperador. Adriano se dejó persuadir por la elocuencia de los dos abogados del Cristianismo, y mandó cesar la persecucion.

Sin embargo este Emperador, manchado con la sangre de los Cristianos, debia servir á la gloria de Jesucristo, convirtiéndose en un nuevo monumento de su justicia; á sus pasados crímenes añadió nuevos ultrajes contra el cielo, y se atrevió á hacer ostencion de su infame libertinaje, construyendo una ciudad que debia recordar su memoria. En el mismo lugar en que resucitara el Salvador, colocó una estatua de Júpiter, y una de Venus en el Calvario; en Belen hizo plantar un bosque en honor de una divinidad no menos

<sup>1</sup> P. Ruinart, t. I, pág. 126.

infame, y le consagró la gruta en que nació Jesucristo. Tantos sacrilegios colmaron la medida de sus iniquidades.

Presa de una sombría melancolía, Adriano se hizo cruel como nunca, y á fines de su reinado mandó dar muerte sin motivo alguno á muchas personas distinguidas. Atacado de una hidropesía en aquel mismo palacio de Tibur, donde habia condenado á santa Sinforosa y á sus hijos, entregóse á la mas violenta desesperacion; varias veces pidió á gritos un veneno ó una espada para quitarse la vida, llegando á ofrecer dinero y á prometer la impunidad á los que quisiesen prestarle aquel pretendido servicio; mas nadie aceptó sus ofrecimientos. El tirano se lamentaba noche y dia de no poder hallar la muerte, él que la habia dado á tantos otros, y por fin se la dió él mismo en Baies, en el año 138 de Jesucristo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las gloriosas victorias que habeis conseguido sobre el demonio, en la persona de san Ignacio y de santa Sinforosa; hacednos partícipes de aquella caridad que ardia en sus corazones, mas fuerte que la misma muerte.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero vivir como si me hallase en el mundo solo con Dios.

LECCION XII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II.)

Quinta persecucion, bajo el imperio de Antonino; retrato de este Príncipe. — Martirio de santa Felicia, romana, y de sus siete hijos; apología de san Justino. — Juicio de Dios sobre los Romanos. — Sexta persecucion, bajo el imperio de Marco Aurelio; retrato de este Príncipe; martirios de san Justino y de san Policarpo.

La sangrienta espada de la persecucion, envainada durante los últimos años del imperio de Adriano, no tardó en ser blandida por su sucesor Antonino. Lleno de entusiasmo el Senado por los actos con que dió principio á su reinado, le confirió el título de *Pio*, y si bien sus virtudes humanas podian granjearlo á los ojos de los gentiles, sus costumbres disolutas no podian menos de hacer de él un perseguidor de la religion cristiana. No solo sufría con extremada indiferencia el desenfrenado libertinaje de su esposa Faustina, sino que quiso en cierto modo inmortalizarla; y despues de la muerte de aquella disoluta princesa, mandó tributarle los honores divinos y le consagró un templo que subsiste aun. Entregado él mismo á los mas vergonzosos desórdenes, era esclavo de las mas viles criaturas, las cuales tenian tanto ascendiente en su alma, que disponian á su placer de los honores y cargos del Imperio, frecuentemente en favor de los mas indignos<sup>1</sup>; añádase á esto que este Príncipe tenia tanta devocion á sus ídolos, que les ofrecia sin cesar sacrificios, lo que hacia siempre por sí mismo, á menos de hallarse enfermo.

Sin embargo la historia no refiere que Antonino diese nuevos edictos contra los Cristianos: príncipe débil y disoluto, permitió que fuesen inmolados en su nombre en virtud de los edictos anteriores, siendo tal el furor de los gentiles, que ni las mas ocultas cavernas ni los antros mas oscuros podian servir de asilo á nuestros abuelos, y que acriminaban á los parientes y á los amigos los deberes que la naturaleza ó la amistad les imponian para con las víctimas de la persecucion<sup>2</sup>.

Entre los Mártires que sellaron entonces nuestra fe con su sangre debemos enumerar á una ilustre señora romana, llamada Felicia, tan

<sup>1</sup> Véase Jul. Capitol.

<sup>2</sup> Mamachi, t. II, pág. 258; *Roma subterránea*, lib. III, c. 22; y nuestra *Historia de las Catacumbas; catacumba de San Calixto*.